

Narcisismo primario. Entramado pulsional y yoico en la infancia temprana. Sus alteraciones.

Roitman, Clara Rosa.

Revista de Psicoanálisis, vol. LII, N°4, Asociación Psicoanalítica Argentina, 1997.

1. Introducción

En este trabajo me propongo abordar un problema que hace a la constitución del narcisismo temprano. El tema es amplio y ha sido tratado, a partir de Freud, desde distintos enfoques teóricos, entre los que podemos citar los aportes de M. Klein, A. Freud, R. Spitz, D. Winnicott, E. Bick, D. Meltzer, M. Mahler, F. Tustin, G. Haag, D. Anzieu, A. Green y J. Lacan, por nombrar solo los aportes mejor conocidos en nuestro medio.

Por mi parte desearía mantener un marco teórico freudiano y circunscribir el problema en términos de un interrogante acerca de las formas de expresión temprana de la pulsión en relación a las posibilidades del yo de tramitarla.

Esto implica la consideración de dos vectores importantes: a) la pulsión, y sus posibles investiduras: autoerotismo, narcisismo, investidura objetal, los principios económicos que regulan el funcionamiento mental; los destinos pulsionales y b) el yo y los tres tiempos lógicos en la constitución de la estructura: yo real primitivo, yo placer purificado, yo real definitivo; y en relación a estos tres tiempos las funciones tempranas y su organización posterior. Estos vectores serán considerados como elementos de la estructura, aún cuando el énfasis en este trabajo está puesto en considerar su interjuego, en función de uno de ellos, la organización yoica, porque deseo acotar la extensión de la presentación. El desarrollo acerca de la constitución de la estructura ya fue planteado por mí en otra oportunidad (Roitman, 1993).

Me centraré en el narcisismo temprano y sus alteraciones, dejando de lado el particular entramado edípico que estas alteraciones pueden producir.

Estas etapas tempranas implican la constitución de un objeto, ya sea que este se refiera a una representación del propio cuerpo, del yo, o que quede constituido a partir del encuentro de la pulsión con las percepciones, es decir de un objeto correspondiente al mundo exterior, investido desde las pulsiones de autoconservación y libidinales: encuentro de Eros con la realidad exterior. En la teoría se fue desplazando el acento desde el concepto de pulsión, como determinante privilegiado, hasta el de las relaciones intersubjetivas, ya sea que se utilicen las nociones referidas a una madre excitante, narcisizante, mortífera, la depresión materna y su incidencia en la interrupción de un circuito libidinal y su posterior inversión, el deseo de los padres, o bien se han considerado aparentes antinomias, tales como el agente externo versus el valor del significante como determinante de la subjetividad o génesis versus estructura. Quisiera ubicarme en un enfoque diferente, que tome en cuenta el entramado pulsional y yoico.

Desearía plantear en forma condensada dos puntos que permitirán ampliar el marco conceptual: el referido a la temporalidad en psicoanálisis y el referido al narcisismo primario y los tres tiempos lógicos enunciados por Freud respecto a la constitución del yo: yo real primitivo, yo placer purificado, yo real definitivo.

1. 2. Estructuración del psiquismo y temporalidad

Es en función del narcisismo secundario: la libido vuelta al yo, que Freud infiere un narcisismo primario, originario. Este pasaje implica el concepto de regresión.

Consideraré brevemente la relación entre temporalidad y organización de la estructura: cuando un paciente relata su secuencia vital, como psicoanalistas tendemos a realizar conjeturas acerca de su estructura: fijaciones, defensas, desenlace del complejo de Edipo y de castración, organización del superyo, etc. Nuestra escucha es estructural ya que nos preguntamos cómo llegó a ser este sujeto que se muestra en la actualidad: la temporalidad deviene presente, queda trasformada, y pareciera oponerse, o por lo menos independizarse de una temporalidad cronológica, referida a una secuencia, que podríamos llamar histórica, de sucesos.

También podríamos hablar de una temporalidad lógica, que incluye varios aspectos, entre ellos la temporalidad de la constitución de la estructura, por ejemplo: que para que se desarrolle un yo real definitivo, el yo oficial del paciente adulto, antes se constituyeron el yo real primitivo y el yo placer purificado, con grados crecientes de complejidad. Otro ejemplo surge cuando nos preguntamos cuáles requisitos lógicos son necesarios para que la palabra oída se vuelva eficaz, o bien cuáles son los requisitos para la organización del superyo. Con esto suponemos dos temporalidades, una lógica y una cronológica, cuestión que se vuelve especialmente relevante cuando se estudia el tiempo

correspondiente al narcisismo primario. Ahí se advierte que ambas temporalidades son importantes, sobre todo la cronológica, aunque no se puede descartar la lógica, porque existe un tiempo en que algo tiene que constituirse, y si ello no ocurre, la ausencia de constitución de una estructura no carece de consecuencias, ya sea que se promuevan desorganizaciones, otro tipo de organizaciones, por ejemplo psicóticas o labiles en la formación, debida a inscripciones primitivas, precarias, que luego se solidifican en base a defensas que pueden dar lugar a una caracteropatización.

Dentro de esta temporalidad lógica podríamos considerar por lo menos tres quiebres para la secuencia cronológica. Estos son: a) la anticipación, b) retroacción (a posteriori) y c) los efectos del trauma (referido a un más allá del principio del placer).

Anticipación: nos podríamos preguntar si determinados desenlaces psíquicos, por ejemplo en la constitución del yo real primitivo, promueven efectos posteriores, no de una manera lineal, pero sí aportando su contribución a la estructura posterior: el yo placer purificado, por ejemplo los estudios que se hicieron sobre la educación de Schreber y el maltrato posible anticiparon posibles desarrollos posteriores (Silicet, 1973; Niederland, 1980). Este concepto debería ser rigurosamente diferenciado del concepto de "profecía autocumplida" que puede ser adjudicada al analista, que se vincularía a una causalidad lineal, apegada a lo fenomenológico.

En cuanto a la retroacción (a posteriori), implica que los procesos acontecidos con posterioridad agregan nueva significatividad a las huellas mnémicas preexistentes, que pueden volverse traumáticas, ya como recuerdo, y no tanto como percepto. Este concepto es utilizado por Freud en lo referido fundamentalmente a las neurosis de transferencia.

Los efectos del trauma (en relación a un más allá del principio del placer) podríamos referirlo a un quiebre momentáneo de la estructura, que puede dar lugar a un borramiento de las inscripciones, con alteraciones en percepción, conciencia primaria y memoria, o a un cambio en la economía del psiquismo, que dificulta las condiciones de inscripción de las huellas mnémicas. Cuando el psiquismo se va reestableciendo aparecen "bolsones de vacío" debido a que ciertas inscripciones o enlaces entre ellas parecieran haberse borrado o no constituido. La búsqueda de un restablecimiento de la economía del psiquismo produce una temporalidad circular, en que se repite en un intento de cambio (masoquismo erógeno).

La temporalidad lógica -historia de la constitución de la estructura- implica por lo menos estos tres componentes.

1.3. Constitución del narcisismo primario y organización del yo

En este apartado solo quisiera ofrecer una síntesis de las ideas desarrolladas por Freud respecto al problema del procesamiento pulsional que el yo realiza según sus distintos momentos de organización, considerando tiempos lógicos de la misma. En el planteo que presentaré se aúnan los conceptos freudianos, desarrollos post-freudianos y aportes de distintas disciplinas, entre las que se cuentan la neurofisiología, aportes de la neonatología y mi experiencia clínica en relación a consultas y tratamientos en infancia temprana. Un desarrollo más extenso ya lo he realizado en otra oportunidad (Roitman 1993).

En este caso quisiera vincular este desarrollo con la observación de la conducta infantil y con una patología temprana. Freud alude al desarrollo y la organización en términos de grados crecientes de la complejización de la estructura y sus funciones: yo real primitivo, yo-placer purificado, yo real definitivo, superyo. Considera al yo desde diferentes enfoques, que habitualmente combina: desde las funciones, desde las representaciones, desde las identificaciones.

En sus inicios el yo no está discriminado del ello, nos encontramos entonces con montos pulsionales y una tendencia a la descarga por la vía del arco reflejo. Frente a esta tendencia a la descarga, la organización de las pulsiones de autoconservación, sostén de la vida orgánica, producen una tensión compatible con la vida. La primera forma de descarga, constituida desde un estímulo que determina un acto motriz masivo, debe irse perfeccionando hacia un mecanismo de fuga del estímulo (Freud, 1915c) que es efectivo respecto de los estímulos exógenos, pero no de los endógenos, provenientes del interior del organismo. Aquello de lo que puede fugarse configura un exterior desinvertido, indiferente, diferenciable de un interior invertido. Este interior está configurado por montos pulsionales que toman la forma de: a) angustia y desarrollo de afectos, como procesos que tienden a la desinvertidura y que también aportan tensiones a lo anímico; b) invertidura de órganos, que dará origen a un proceso representacional cuya base se origina en la ligadura de pulsión de sensorialidad.

En este tiempo inicial del **yo real primitivo** cobra importancia, como condición para la organización del psiquismo, el pasaje de la cantidad a la cualidad; como recurso es lo que Freud llama el período, es decir, las frecuencias vinculadas a la transmisión de la energía, y las posibilidades de organización de un "aparato protector frente a los

estímulos” -o paraexcitaciones- que permite que los mismos lleguen al sistema disminuidos y fraccionados.

Estas bases facilitan la organización de un sistema diferenciado entre percepción, conciencia originaria, referida a los propios estados internos, en términos de aumentos y decrecimientos pulsionales, y posibilidad de registro de huellas mnémicas, como inscripciones que dan lugar al recuerdo y la memoria.

La base de las representaciones-cosa podríamos referirla a las representaciones de órgano, primera ligadura de pulsiones con aquella sensorialidad interoceptiva -corazón, pulmones, aparato digestivo- que es investida en el pasaje de la vida intrauterina a la extrauterina (Freud, 1926d). Estas primeras investiduras de órgano, que se van ligando entre sí, configurarían las primeras huellas mnémicas referidas a las representaciones-cosa (Freud, 1915c). Estas representaciones que se van configurando como totalidades cada vez más complejas. La posibilidad de registrar como propios ciertos estímulos provenientes de órganos iría construyendo una primitiva representación cuerpo; estos estímulos que se elevan a la categoría de necesidades elementales son los representantes de las pulsiones de autoconservación. Cuando varias de estas investiduras de órganos se ligan entre sí con cierta armonía, cierta homeostasis somática, se constituye un **yo real primitivo**. En estos momentos iniciales podríamos quizás considerar dos tiempos en el autoerotismo: el primero vinculado a la investidura de órganos y sistemas funcionales, al que podríamos llamar autoerotismo intrasomático, y un segundo nivel de constitución del autoerotismo, ligado a la proyección de tensiones de necesidad en una periferia, que vincula tensión de necesidad con percepciones del interior del propio cuerpo (intero y propioceptivas, fundamentalmente estas últimas), con las percepciones brindadas por los sentidos distales; estaríamos planteándonos así las zonas erógenas como constitutivas del yo real primitivo.

El yo real primitivo se organiza en torno al principio de constancia, vinculado a las pulsiones de autoconservación. Este principio tiende a mantener una constancia, una regulación energética que impida el vaciamiento, la tendencia a la descarga masiva, el efecto de Thanatos sobre Eros.

La estructura que llamamos **yo** se va complejizando: en un segundo momento no se organiza solo en base al mecanismo de fuga sino también en torno de la polaridad displacer-placer (Freud, 1911b, 1915c) es decir, en torno de una cualificación de la cantidad (es un segundo nivel de cualificación), que registra los aumentos de excitación en términos de displacer, y su alivio a través de la acción específica, que constituye la vivencia de satisfacción. Este yo es aquel que reconoce como propios los estímulos placenteros y proyecta los displacenteros. Se rige por el principio del placer y las pulsiones que determinan este principio son las sexuales o libido. Se trata del **yo placer purificado**. En este nivel se produce una organización cada vez más compleja de las representaciones-cuerpo y el pasaje del autoerotismo al narcisismo, considerado un nuevo acto psíquico: un grado de organización mayor en el yo.

Se van consolidando las identificaciones primarias en que el otro, en un vínculo de no discriminación, comienza siendo un garante del ser para ir ocupando un lugar de modelo, que devendrá en ideal, y de objeto de amor.

Se van organizando funciones, siendo las más importantes las vinculadas a la capacidad de pensar y a los comienzos del establecimiento de un sistema preconiente, especialmente en lo referente a la capacidad de emitir juicios originados en los propios deseos (juicios de atribución) y diferenciados posteriormente de los juicios originados en las percepciones provenientes del exterior, aun cuando este proceso está en sus inicios. Se van discriminando los afectos, que cobran matices diferenciales. En cuanto a las defensas, las que dispone este yo son aun primitivas: desinvestidura del sistema perceptivo, proyección (defensiva normal y patológica), inversión del lugar del sujeto (que implica la transformación en lo contrario en relación con los afectos, y la vuelta contra sí mismo, ocupando el yo un lugar pasivo en relación a la pulsión). Se organiza la desmentida, como corriente psíquica, que se convertirá en defensa cuando el yo real definitivo se estabiliza como estructura.

Estas defensas, que operan en relación a una estructura aún endeble, son por lo tanto violentas y masivas y el yo aún está imposibilitado de tramitar los montos o la cualificación temprana desde formas masivas en otras más sutiles. El peligro, si estas defensas fracasan, es que naufrague la estructura como totalidad. Este es el punto de fijación que corresponde a los cuadros narcisistas.

Respecto del **yo real definitivo**, cabe comenzar diciendo que Freud plantea en 1911b que cuando la vivencia alucinatoria fracasa en satisfacer el empuje de las pulsiones de autoconservación, el yo tiene que encontrar una forma de satisfacer sus necesidades, a través de la realidad externa, que sea más acorde con sus posibilidades, y más “realista” que la alucinación. Esto conduce al desarrollo de una serie de funciones,

que lleva a que la realidad externa pueda ser eficazmente diferenciada de la interna, y por lo tanto pueda ser modificada. Para ello es necesario que esta realidad sea representada (con una ilusión de fidelidad) en el aparato psíquico, en cuyo caso el yo despliega una serie de funciones, cada vez más desarrolladas. Surgen también criterios diferenciadores, tanto de la discriminación entre realidad psíquica y física: examen de realidad, como de discriminación entre sistemas psíquicos: las censuras. Freud (1917d) llama a estos criterios “instancias del yo”.

El principio de realidad toma el comando por sobre el principio de placer, ya que el puro placer sería aniquilante para el psiquismo. El principio del placer es parcialmente modificado por el principio de realidad, que actúa más acorde a fines objetivos, y permite la búsqueda de un placer demorado y más seguro. El principio del placer nunca queda totalmente desplazado y se mantiene en el inconsciente. Esta adecuación al principio de realidad y este desarrollo de funciones vincula la organización del aparato psíquico a las leyes del proceso secundario y el sistema preconsciente. Esto permite el funcionamiento de la represión como corriente psíquica.

Se produce un cambio en las investiduras de objeto que dejan de estar estructuradas sobre la base exclusiva de identificaciones primarias, sobre la base de dos lugares psíquicos (sujeto-modelo) -aun no discriminados- para organizarse predominantemente como investiduras de objeto (pasaje del ser al tener) sobre la base de tres o más lugares psíquicos (sujeto-modelo-objeto-rival o ayudante, Freud, 1921c). Esto configura la plasmación de vivencias y afectos que toman la trama representacional, desiderativa y afectiva conocida como complejo de Edipo. Las funciones que se desarrollan se refieren a la importancia de la sensorialidad y la conciencia asociada a ella, la atención, la memoria, la desestimación por el juicio, las acciones dirigidas (desde el yo), el pensamiento, el lenguaje, las defensas, y la síntesis, así como la capacidad inhibitoria enunciada en 1950.

2. Narcisismo temprano: entramado pulsional y yoico

Desde esta óptica es posible preguntarse acerca del valor de la enorme riqueza de observaciones, clínicas y no clínicas, para el desarrollo de la teoría psicoanalítica, referidas al narcisismo primario.

Al respecto Freud contrapuso la observación de la infancia y la construcción en el análisis de pacientes adultos, aunque en los hechos recurrió a todos estos métodos, incluyendo el análisis de niños, la observación directa, junto con las inferencias derivadas del tratamiento de pacientes adultos.

En todos estos casos parece necesario el enlace de las manifestaciones con la metapsicología freudiana, la cual aporta una teoría relacionada con los momentos de constitución de lo anímico desde los fundamentos, es decir desde los interrogantes referidos a la neutralización de la pulsión de muerte, y a la liga de los componentes libidinales contenidos en Eros, con los procesos psíquicos: afectos, deseos, representaciones, pensamientos, identificaciones, desempeños perceptuales, motrices, verbales, defensas. De esta manera el psiquismo se resguarda de la tendencia de una vuelta a lo inorgánico, la pérdida de complejización y la defusión pulsional. Desde esta óptica también cobran nueva significatividad los aportes fragmentarios, más o menos abarcativos, de numerosos autores postfreudianos, que encuentran su lugar en este marco global.

Pasaré ahora a relatar estas observaciones que permiten un enlace entre las manifestaciones y la teoría.

2.1. Primera observación: Matías, 5 meses, 28 días¹

El valor de esta observación se hace evidente en el marco de las coincidencias que tiene con muchas otras que aluden al mismo período, realizadas por diferentes autores y por mi misma que permiten, al igual que la observación de Freud que incluiré posteriormente, hacer conjeturas acerca de la constitución anímica de los procesos pulsionales, con anterioridad a la constitución del yo oficial.

La madre recibe a la observadora y le comenta que Matías recién termina de tomar su mamadera. “Ha comenzado paulatinamente el destete”. Mientras la madre da explicaciones respecto al comienzo del destete de Matías, va a buscarlo, ya que está sentado en un bebesit moviendo sus piernitas y brazos, en la misma habitación donde la mamá recibió a la observadora. Al escuchar la conversación, pone erguida la columna haciendo fuerza para que su mamá lo tome en brazos. Sus manos permanecen abiertas, al verla llegar sus movimientos se hacen más rápidos y comienza a “protestar”. Cuando el rostro de su madre está en una posición que Matías puede percibir su figura, deja de moverse en actitud de espera y comienza a sonreír cuando la mamá se inclina y puede ver en forma clara la gestalt del rostro materno. La mamá lo toma en brazos, lo apoya

¹ Esta observación fue incluida en Roitman y col (1996).

sobre su pecho en posición vertical. Matías mantiene la cabeza erguida mirando sobre el hombro de su mamá a la observadora. Tiene una mano apoyada sobre el pecho y otra cae al costado de su cuerpo.

La madre lo lleva a un sillón, lo coloca boca abajo y le alcanza algunos juguetes, entre ellos un mordillo que consiste en diferentes llaves de plástico, un muñeco de paño, una pelota que al girar hace ruido. Matías levanta su cabeza con fuerza al ver los objetos que fueron ubicados ante él sobre el sillón, intenta apoyarse en sus brazos como para iniciar un movimiento de gateo pero no lo logra, cae y vuelve a levantar la cabeza con intención de tomar los juguetes. Lleva los brazos hacia adelante y trata de tomarlos, pero sus movimientos de prensión son de arrastre y logra solo asir las llaves tirando al suelo la pelota y el muñeco. Una vez que toma las llaves se las lleva a la boca y deja caer sobre el sillón su cabeza mientras succiona el mordillo. Tras unos minutos, comienza de nuevo a mover las piernas, levantar la cabeza y deja el mordillo. La madre comenta que se pone muy molesto cuando toma la mamadera. Lo ubica boca arriba, Matías se sonríe al ver el rostro de su madre. Esta también se siente estimulada por la respuesta afectiva de su bebé y comienza a hablarle cariñosamente mientras le acaricia el vientre, las piernas, toma sus manos, y dice: “a ver: ‘mi gordito’”. Cuando su mamá le habla, Matías escucha su voz y luego comienza a moverse, se ríe. La mamá dice: “es un gordito muy comilón. Se apura a tomar la mamadera y después está molesto”.

Matías intenta tomar el rostro de su madre, cuando está cerca del suyo lo toca, intenta tomar la nariz y comienza a protestar sin llorar. La mamá lo levanta, lo sienta sobre sus rodillas con la espalda sobre su pecho. Le da un pedazo de pan lactal y Matías empieza a chupar con fuerza. Se ayuda con la otra mano chupándose sus manos y el pan, sin discriminar objeto y parte de su cuerpo. Se amolda al regazo de su madre, sus piernas caen. Al punto se le cae el pedazo de pan y comienza a moverse molesto, patalea, mueve su cuerpo. Ya no se amolda a la posición de su madre, está más rígido. La madre le alcanza el mordillo. Lo toma con las dos manos, lo lleva a la boca. Cesan los movimientos, se relaja.

Comenta la madre que le están por salir los dientes, que a veces está molesto. Intenta sacudir el mordillo mientras mueve piernas y brazos y se le cae, (¿o lo tira?). Se queda esperando que su madre se agache para tomarlo. Sigue sus movimientos con la mirada. La madre le alcanza tres veces el mordillo. Matías lo tira y espera. La madre se lo da y por fin le dice: “Basta Matías, no las tires” (por las llaves del mordillo).

Matías las lleva a la boca nuevamente. La madre comenta que come sin problemas la alimentación semi-sólida, que en general es un bebé muy bueno, salvo que ahora ha comenzado a despertarse de noche, que ella supone que debe de ser para que le dé el pecho. Se queda despierto sin llorar y luego comienza a protestar hasta que comienza a llorar si siente que nadie acude. Pero que si su esposo o ella se acercan, lo acarician y lo cambian de posición, logra dormirse.

La madre se pone de pie y comienza a balancearlo. Matías está en posición vertical sobre su pecho. La cabeza permanece erguida. Durante esta observación, Matías, que habitualmente gorjeaba, no emitió sonidos.

2.2. El establecimiento del yo-placer purificado

Si analizamos esta observación desde la perspectiva de teoría freudiana (algunos de estos análisis antes citados también la toman) podríamos agregar que en Matías se ha organizado la conciencia primaria, referida en principio a la captación de los propios estados en términos de aumentos y decrecimientos pulsionales cuantitativos y cambios cualitativos; además, se ha establecido el principio del placer como regulador de la economía del psiquismo. El yo en juego sería el yo placer purificado, correspondiente al narcisismo primario. La atención puede focalizarse hacia la percepción exterior.

También la memoria está organizada, en relación a la vivencia de satisfacción y de dolor. En esta observación esto se advierte en el relato de la madre respecto a sus molestias y el despertar nocturno. La madre atribuye el malestar al destete. También se advierte la organización de la memoria en relación al recuerdo de un objeto externo, diferente del yo, que puede ser buscado y reencontrado en el afuera, convencerse de que está allí. Desde lo pulsional predomina la fase oral que centraliza el movimiento y la aprensión: motriz, visual, auditiva, pero también la pulsión de conocimiento: ver, investigar, con diferentes canales sensoriales.

En la observación no hay registro de vocalización. Sin embargo en Matías está desarrollada. ¿Por qué en este momento no la utiliza? Da la impresión de un tono afectivo bajo, quizás producto de la circunstancia vital por la que está pasando, y podríamos suponer que sus vocalizaciones quedaron como en suspenso. Otro aspecto que podemos advertir es la actividad: el yo es activo en su intento de procesar la pulsión.

Para llegar a este momento de la organización debemos presuponer que el yo real primitivo se ha organizado previamente, lo cual supone que se ha configurado un interior

diferenciado de un exterior (estímulos endógenos y exógenos). Este interior, configurado inicialmente con estímulos pulsionales, organizados en términos de investiduras de órganos o sistemas que sean compatibles con la vida extrauterina: corazón, pulmones, aparato digestivo, sistema propioceptivo (cenestesia, kinestesia) y sensorialidad exteroceptiva y desarrollo de afectos. Esta organización ha quedado ya incluida en un registro mnémico (memorias de tipo corporal. Le Doux, 1994) que posteriormente se van subsumiendo o integrando en sistemas mnémicos más sofisticados con predominio visual y auditivo, junto con vivencias de satisfacción y dolor.

Los estímulos a los que inicialmente podía responder en términos de descargas diversas, no diferenciadas, de acciones de fuga, o a través de buscar la acción específica que los satisfaga, pueden ser procesados, elaborados, incorporados o apartados a partir de acciones motrices dirigidas, bajo el comando de la pulsión oral y los inicios de la pulsión muscular y de dominio.

Se han constituido: a) un pasaje de la cantidad (pulsional) a la cualidad, y la organización de ritmos, sobre la base de matrices cuasi biológicas: alimentación, sueño, procesos metabólicos; b) la apertura de las zonas erógenas y la investidura de los distintos receptores sensoriales; c) el aparato protector contra los estímulos, que permite que las percepciones sean registradas, reconocidas y diferenciadas, realizando acciones vinculadas a estos registros. Sin embargo el niño necesita aun de la función materna como tamiz, y en este caso como límite, aun cuando este emerja de las posibilidades y la tolerancia de la madre, y no solo de las necesidades del niño. En Matías, en este juego de arrojar, podríamos inferir los inicios del juego del "fort-da", pero también la constitución de un espacio con profundidad (al igual que las exploraciones corporales); d) Esto significa un pasaje del autoerotismo -un narcisismo inicial- al narcisismo correspondiente a la emergencia: la emergencia de un yo placer purificado, que puede discriminar entre tres polaridades 1) Sujeto (yo)-Objeto (mundo exterior), 2) Placer-Displacer, 3) Activo-Pasivo.

En esta observación podemos inferir que el niño comienza identificándose con la tonicidad de la madre: su cuerpo está tónicamente moldeado al de ella. Cuando pierde su objeto gratificante (el pan) cambia su tonicidad: esta aumenta (se protege del desparramo como diría E. Bick). Cuando la madre le alcanza otro objeto (el mordillo) vuelve a relajarse y luego cambia el juego: de chupar pasa a arrojar, del intento de alivio (del dolor en las encías), por la vía de la incorporación y el apretar con estas, pasa al intento de expulsar (como si dijera "lo arrojé fuera de mí"), y así lo controla fuera. Vemos así el surgimiento de la proyección defensiva: poner afuera, en un objeto, el empuje pulsional, en un intento de control. Cuando la madre le dice: "Basta Matías, no las tires", interrumpe su accionar: se ha identificado con la madre en el lugar de esta como modelo (normativo), y cambia su gratificación pulsional. Son los comienzos de la identificación, entendiendo a esta como un pensamiento de base afectiva en términos de "igual que" (la madre). También la comprensión de la palabra, quizás no proferible y solo parcialmente discriminada, pero cuyo sentido puede inferir y permitirle advertir los inicios de la constitución de la representación-palabra y las bases del sistema preconciente, que se va diferenciando en el sistema inconciente inicial organizado sobre la base de la conciencia originaria, del registro de afectos y sensorial, la memoria y la organización de representaciones-cosa, en que la representación cuerpo, las vivencias de satisfacción y dolor cumplen una función de organizadores psíquicos.

En este bebé podríamos inferir también las defensas primarias: incorporar-expulsar como las bases corporales de la introyección y la proyección, y cuando la madre le pone un límite, vemos la inversión del lugar del sujeto (un sujeto incipiente en relación a un otro sujeto, que en este caso se vuelve activo al dar la orden), en tanto que Matías pasa a la pasividad, y la vuelta contra sí mismo: suspende momentáneamente su juego y el yo queda pasivo frente al empuje pulsional. Luego, al chupar el mordillo, vuelve a ser activo.

2.3. Segunda observación: un niño de 18 meses (Freud, 1920g)

"El desarrollo intelectual del niño en modo alguno era precoz; al año y medio, pronunciaba apenas unas pocas palabras inteligibles y disponía, además, de varios sonidos significativos, comprendidos por quienes lo rodeaban. Pero tenía una buena relación con sus padres y con la única muchacha de servicio, y le elogiaban su carácter 'juicioso'. No molestaba a sus padres durante la noche, obedecía escrupulosamente las prohibiciones de tocar determinados objetos y de ir a ciertos lugares, y sobre todo, no lloraba cuando su madre lo abandonaba durante horas; esto último a pesar de que sentía gran ternura por ella, quien no sólo lo había amamantado por sí misma, sino que lo había cuidado y criado sin ayuda ajena. Ahora bien, este buen niño exhibía el hábito, molesto en ocasiones, de arrojar lejos de sí, a un rincón o debajo de una cama, etc., todos los pequeños objetos que hallaba a su alcance, de modo que no solía ser una tarea fácil juntar sus juguetes. Y al hacerlo profería, con expresión de interés y satisfacción, un

fuerte y prolongado, 'o-o-o', que, según el juicio coincidente de la madre, y de este observador, no era una interjección, sino que significaba 'Fort' (se fue). Al fin caí en la cuenta de que se trataba de un juego y que el niño no hacía otro uso de sus juguetes que el de jugar a que "se iban". Un día hice la observación que corroboró mi punto de vista. El niño tenía un carretel de madera atado con un piolín. No se le ocurrió, por ejemplo, arrastrarlo tras sí por el piso para jugar al carrito, sino que con gran destreza arrojaba el carretel, al que sostenía por el piolín, tras la baranda de su cunita con mosquitero; el carretel desaparecía ahí dentro, el niño pronunciaba su significativo 'o-o-o', y después, tirando del piolín, volvía a sacar el carretel de la cuna, saludando ahora su aparición con un amistoso 'Da' (acá está). Ese era, pues, el juego completo, el de desaparecer y volver. Las más de las veces solo se había podido ver el primer acto, repetido por sí solo incansablemente en calidad de juego, aunque el mayor placer, sin ninguna duda, correspondía al segundo".

2.4. Trauma e identificaciones:

En este ejemplo el niño busca hacer una transformación activa del trauma vivido pasivamente. La situación traumática es el desamparo producido por la ausencia de la madre, y en la repetición se busca transformarla. El niño arroja afuera el carretel, que representa a la madre que lo abandona, y lo hace retornar a voluntad, siendo sujeto activo en la separación, o bien el niño ocupa el lugar psíquico de la madre, el modelo con quien se identifica activamente en el abandonar y reencontrar. Para hacerlo así necesita un ayudante que lo sostenga en este lugar: el carretel, con hilo para poder dominarlo, siendo el hilo el factor de control. Este carretel ocupa el lugar previo del niño, que es apartado o acercado; el niño se identifica con la madre, quien desde la mente del niño, goza abandonándolo y reencontrándolo. En este juego él es la madre que aparta o abandona. Este tipo de repetición esta al servicio del principio del placer, y en este niño de diez y ocho meses muestra un momento importante del desarrollo, referido a la superación de una situación traumática a partir de la constitución de lugares psíquicos definidos: Sujeto-Objeto, modelo y ayudante (Freud, 1921c) y del pasaje de una posición pasiva del yo respecto a la pulsión, a una posición activa: su mente se complejiza, y en el hacer se posiciona desde distintos lugares psíquicos.

Este desarrollo, surgido a partir de la observación de Freud, permite comprender no solo un momento en la organización narcisista temprana, sino también permite realizar construcciones, ya que en los cuadros narcisistas con rasgos psicopáticos, los pacientes necesitan ubicar a otro en el lugar de quien padece el trauma, para así poder seguir sosteniendo su narcisismo a partir de la desmentida: no soy yo quien lo padece, es un otro.

Es interesante considerar como Matías reacciona frente al trauma. Este surge del empuje pulsional: los dientes que empujan, el dolor, luego la pérdida del pecho. Matías intenta proyectarlo en un objeto, y así controlarlo, haciéndolo desaparecer y esperando que la madre se lo haga aparecer. Si consideramos este juego desde un entrecruzamiento pulsional entre la pulsión de mirar y aferrar, él puede aferrar-mirar, soltar-hacer desaparecer. Es activo en relación a la meta pulsional, pero necesita de otro para que el objeto reaparezca, o de la palabra que lo confirme. Los objetos tienen que estar presentes, la pulsión está ligada a la percepción. El niño del ejemplo de Freud también es activo en relación a la meta pulsional, pero no necesita de otro porque se ha identificado con él en acto y palabra, sólo necesita un objeto que lo reemplace a él.

En el ejemplo de Freud, frente al trauma de la desaparición de la madre, la primera parte del juego es idéntica al juego de Matías: hacer desaparecer, arrojando; pero la segunda cambia, ya que es él mismo quien vuelve a atraer al objeto. No es solo la musculatura la que ha madurado, también el espacio psíquico, que da cabida a distintos lugares identificatorios.

¿Por qué Matías acepta la orden materna que significa el cese de la gratificación pulsional? ¿Qué obtiene él a cambio de cesar en su juego? Quizás la palabra materna, que lo subjetiviza, toma su poder del hecho de dar significatividad a su cuerpo al nombrarlo: es él ese cuerpo-Matías para su mamá y para él mismo. La palabra está ligada a la madre, que la emite, y que en ese sentido es garante de su ser.

El segundo niño se da él mismo sus propias palabras, ha incorporado a la madre dadora de sentido, ha cristalizado la identificación, y la palabra reemplaza al objeto porque este queda subsumido en la palabra, pero no perdido: se ha constituido una estructura más compleja, pero el objeto aún es necesario, por eso reaparece. Matías sólo puede hacer la primera parte del juego.

Freud agrega que meses más tarde el niño ha aprendido a hacer desaparecer su imagen de un espejo. Ya no solo es activo en hacer desaparecer-aparecer y emitir la palabra. Ahora es él mismo quien desaparece, se quita a la mirada de la madre.

En la segunda parte del juego la identificación en relación al desaparecer de la madre se ha completado: él es la madre que se va, no necesita del carretel-ayudante.

En los tres momentos el yo fue activo en relación a la meta pulsional, pero en el primer momento necesitaba de la presencia del objeto-madre, en el segundo no la necesitaba, pero sí necesitaba de un ayudante -carretel con hilo- que ocupara su lugar para poder ser él igual a la madre. En el tercer momento la identificación se ha completado: los lugares psíquicos están en su mente, y la palabra los sostiene.

En Matías este proceso se ha podido llevar a cabo porque la intensidad de la situación traumática no ha abolido el principio de placer, queda dentro de lo que es una vivencia de dolor soportable por el yo, que lo empuja a complejizarse. Vemos así la importancia de la pérdida en relación a la complejización psíquica: la pérdida del objeto permite un proceso de búsqueda de un nuevo objeto a partir de un desplazamiento. Esto ocurre cuando el objeto del que se trata es un objeto para chupar: cuando el pan cae desplaza el empuje pulsional al mordillo. Pero es probable que no pasaría lo mismo si quien desaparece fuera el objeto madre. Ambos son objetos pulsionales, pero la madre cobra un valor posicional, de garante del ser para que el objeto pan puede ser desplazado a otro. ¿Madre y pan son dos objetos de diferente categoría para lo anímico? Pareciera que sí, pero su importancia reside también en que ocupan distintos lugares psíquicos. En este momento de la organización uno de ellos debe ser más o menos permanente para que el otro pueda ser más o menos desplazable.

En el ejemplo de Freud en un niño un año mayor, este movimiento pulsional ya es intrapsíquico: la madre no necesita estar presente a la percepción porque ocupa un lugar mental: el garante del ser está incorporado: es parte del psiquismo del niño pero este está creando un segundo lugar, que es el de un doble de él, pasivo, arrojado a un espacio del no ser, ocupado por el carretel. En el segundo momento, el niño no necesita del doble-ayudante porque se hace desaparecer a sí mismo. Esta jugando, experimentando con placer sus nuevas capacidades, especialmente las vinculadas a su capacidad de ser él el que desaparece, el que abandona. No juega solo, juega con su madre, presencia-ausencia sostenida desde lo pulsional y lo representacional. Afectivamente se mantiene dentro del principio del placer. No es un juego defensivo. Tampoco pareciera estar elaborando la separación, más bien ésta fue elaborándose en el primer momento del juego y en este segundo momento el juego es placentero porque hay seguridad en la constitución de estos espacios y tiempos mentales, es un juego de dramatización sin drama, de ejercitación de sus capacidades sin necesidad de un vínculo tiránico con un otro.

Si siguiéramos a Winnicott veríamos otro aspecto de la identificación primaria: la madre, como espejo de los estados afectivos del niño, que debe ser mirada, consultada, para corroborarlos, afirmarlo en sus matices o desestimarlos.

El valor de estas observaciones en que se unen los observables con la teoría, es que cuando hablamos de patología, por ejemplo de trastornos correspondientes al narcisismo, necesitaríamos inferir en qué momento de la organización del psiquismo este se produjo, ya que es muy diferente la primera fase de la última. Por ejemplo, frente a un niño encopretico o enurético de 6 años, podemos preguntarnos cuánto de esta manifestación tiene componentes edípicos (de los que la represión dio cuenta, pero que también revelan su fracaso), cuánto puede tener de componentes narcisistas, diferenciando en este narcisismo el que corresponde al predominio de la desmentida como defensa, que supone un yo-placer purificado, con dominio de la palabra y cierta diferenciación sistémica, cuánto de trastornos anteriores, correspondientes al yo real primitivo y la no constitución de un mínimo de tensión vital, sustituido por la apatía y la desinvestidura del mundo sensible.

En estas dos observaciones intenté poner en evidencia procesos del desarrollo anímico correspondientes al tiempo del yo placer purificado. Sigue planteada la pregunta acerca de cómo se constituye el yo real primitivo y para desarrollarla traeré una situación de orientación clínica donde se puede inferir, por construcción, una patología ligada al tiempo del yo real primitivo.

3. Fijaciones narcisistas tempranas y organización ulterior

Me he referido hasta aquí a aquello que podríamos considerar una organización estructural "suficientemente buena" para permitir la continuidad de la complejización psíquica. Quisiera aludir a otro tipo de organización que, desde mi parecer, mostraba alteraciones tempranas.

Siguiendo esta propuesta, habré de presentar una síntesis de cuatro grupos de consultas realizados por los padres de un niño preescolar, a razón de una por año (desde los 2 años, 8 meses, hasta los 5 años 10 meses), con sus correspondientes comentarios.

3.1. Entrevistas iniciales:

Mariano tenía 32 meses en el momento de la primera consulta. No hablaba, pronunciaba solo dos palabras: “no” y “ahí”, palabras-frase en que condensan múltiples significados, pero que requieren la presencia (perceptual) de la cosa a la que alude, y del adulto que pueda decodificarlas. Por otra parte, comprendía lo que se le decía. Caminaba apoyado en un pie, y el otro solo la punta.

Se alimentaba con una mamadera a la mañana y poco a la hora de las comidas, teniéndolo en brazos y frente al televisor, dándole de comer en la boca. Si se lo sentaba a la mesa se levantaba contantemente, desparramando la comida. Si no le insistían, podía estar sin comer 36 hs. Parecía no registrar el hambre. No aceptaba alimentos sólidos (carne) que requirieran ser masticados.

Era hijo adoptivo. Fue adoptado a las 24 hs. del nacimiento. Sus padres en esa época hacían un tratamiento de fertilización asistida, ya que siendo la madre fértil, recibía semen de un donante, condición que le hacía sentir un “asco visceral”. La madre lo hacía porque el padre se lo pidió, ella prefería adoptar. Lo fueron a buscar a una provincia. Era el segundo bebé que les entregaban en adopción. El primero había muerto a las 48 hs. del nacimiento. Su adopción, por vía legal, fue sin embargo complicada, ya que ellos no querían pagar, y primero tuvieron que enviar sumas de dinero a la asistente social, y luego el médico pidió una suma muy alta. Ellos decidieron dejar al bebe, en medio de un litigio. Finalmente llegaron a un acuerdo y se lo llevaron. Constantemente se remarcó el deseo de “no comprar” un hijo, que me hizo pensar en la lucha que estaban manteniendo en relación a una fantasía extractiva. Los padres dijeron no saber lo que era un bebé ni cómo atenderlo. La madre retornó al trabajo cuando Mariano tenía 10 días, y lo llevaba con ella a su oficina, en la cual ella recibía y hacía llamados telefónicos constantes, recibía a los proveedores y dirigía a sus 5 empleados. Luego decidió dejarlo en la casa, con la empleada. Ellos trabajaban todo el día y regresaban a las 20 hs. A veces, por las tardes, iba la abuela materna a cuidarlo. Estaba con sus padres dos o tres horas diarias, y los fines de semana. La mamá lo definía como una cucarachita o una garrapata o una esponjita que absorbía las tensiones. Tuvo terrores nocturnos a los 24 meses, que pasaron. Se dormía en la cama de los padres, luego lo pasaban. De noche la familia cenaba y se acostaba muy tarde. Mariano se levantaba cerca del mediodía, almorzaba y se iba al jardín de infantes. Usaba pañales.

Si quería algo que se encontraba lejos, llevaba de la mano al adulto y mostraba lo que necesita. En relación con los adultos parecía poner a prueba constantemente los límites, ya que de manera “distraída” hacía lo opuesto a lo que se espera de él. En el jardín de infantes era sumamente activo, pero no aceptaba consignas, ni límites. No comía su merienda, no se adaptaba a las rutinas. Estaba en constante movimiento, no se concentraba en los juegos. No se acercaba a los otros niños, era disperso, se levantaba y se iba, y los compañeros lo llamaban. Era alegre y afectuoso.

Sus padres: Silvia tenía 34 años y Pedro, 50 en el momento de la primera consulta. Este era el primer hijo y el primer nieto por ambas partes, y lo siguió siendo mientras se desarrollaron las consultas. Tenían serias dificultades económicas. La mamá había estado en tratamiento terapéutico conmigo durante un período breve de tiempo.

Tuve algunas entrevistas del niño con su familia. Este entraba en el consultorio como si no me viera. Tenía una mirada particular, llamativamente alerta. Se resistía a sacarse la campera. Se dirigía a la caja y sacaba los juguetes, mostrándolos a sus padres. Su conducta parecía responder al esquema: tocar, probar, mostrar y entregar o dejar, contener, separar, ordenar, desplegando secuencias muy breves de juego, semejante a niños de menor edad. Realizaba movimientos con la boca como si jugara con saliva. Se alteraba con sonidos que provenían del exterior: el correr del agua en un baño próximo, el sonido tenue del teléfono en otra habitación. La madre le hablaba constantemente, nombrando los objetos sin propuestas de juego, y me daba la impresión de que sobrestimulaba al niño.

Los padres propusieron un juego: la comida. Luego yo dramaticé lo que me habían contado acerca de la hora de las comidas, y Mariano me miró con sorpresa y rió, tratando de repetir el juego. Fue la única vez que lo vi reír. Me pareció hiperactivo e hipertónico, con dificultades de concentración.

Pedí y recibí informes del pediatra. Se descartaban problemas orgánicos. El pediatra me informó que lo veía como un niño bien cuidado, pero en un vacío afectivo, que por momentos yo veía convertirse en un contexto abrumante, en una especie de alternancia.

Pedí y recibí un informe del Jardín de Infantes, en que me decían lo que ya los padres habían relatado, y que mostraba afecto y tolerancia por las dificultades de Mariano. En su sala había 8 niños.

3.2. Análisis de la estructura psíquica de Mariano:

Este pequeño paciente me despertó múltiples interrogantes. En principio aquellos que se referían a lo esperable de un desarrollo acorde a su edad, en relación a su evolución psicosexual y las funciones yoicas. ¿Sus manifestaciones estaban relacionadas con conductas reactivas? ¿Se trataba de una inhibición del desarrollo? ¿O de una perturbación temprana, con sus correspondientes defensas, que alteraron precozmente la organización de la estructura psíquica? ¿Su entrada sin mirarme, correspondía a un componente autista? ¿La resistencia a sacarse la campera representaba un intento de preservarse respecto de los estímulos? ¿La hipermotricidad era un intento de descarga por la vía de la motricidad? ¿La dificultad en la adquisición del lenguaje estaba vinculada con los factores que confluyen con la hipermotricidad? ¿Existe una relación entre hipermotricidad, falta de apetito y dificultad en la adquisición del lenguaje? ¿Qué representaban los trastornos para dormir? ¿El desafío? ¿Y el déficit atencional?

Trataré de resumir mis primeras conjeturas respecto al sufrimiento de Mariano y la preocupación de sus padres. Vi a Mariano abrumado por los estímulos sensoriales que pareciera no poder discriminar ni clasificar. Pasaba delante mío como si no existiera ninguna situación nueva, no me diferenciaba inicialmente de los objetos del consultorio, pero se alteraba con los ruidos que provenían del exterior (el teléfono, o sonidos de la calle, todos amortiguados). La oralidad, a nivel de chupar dentro de la boca, parecía más vinculada a lo autoerótico profundo, como en los bebés. La campera que no se sacaba se convertía en un caparazón que lo protegía de la invasión de estímulos sensoriales, a los que parecía sumamente sensible.

Mis hipótesis en ese momento se refirieron a una alteración temprana, en la constitución del yo real primitivo, específicamente en el pasaje de la cantidad a la cualidad y en la organización del aparato protector frente a los estímulos: no tenía barrera protectora y discriminatoria, fallaba la función de filtro y tamiz, y predominaba en él una tendencia a la descarga por la vía de la motricidad, siguiendo el modelo del arco reflejo, con escaso procesamiento representacional que los mediatizara.

Las fallas en la concentración me parecieron consecuencia de lo antedicho, como si se tratara de una dificultad para el establecimiento de las condiciones en que este procesamiento representacional se llevara a cabo, como sucede a consecuencia de impactos traumáticos tempranos, debidos a cantidades internas y externas, que no sólo no se pueden procesar, sino también que son difícilmente inscribibles, porque fracasa la constitución de las posibilidades de organización primaria para sostener las inscripciones, ese marco en que se diferencian percepción, memoria y conciencia primaria. Cuando esto sucede las ligaduras necesarias para constituir un proceso representacional se producen pero son lábiles y pueden perderse. ¿Cuál es el destino de la cantidad? Una parte se descarga vía motricidad, como ya dije, otra parte busca ligarse, en principio a percepciones: los signos perceptivos, primer nivel de inscripción, que en Mariano se manifiesta como autoerotismo ligado a los buches con saliva, y la adherencia a los sonidos, a la línea melódica de la palabra oída, que los bebés producen y ejercitan antes de la emisión de las palabras, aunque en él había un progreso hacia la holofrase.

En el mostrar, acompañado de una palabra-frase “ahí”, parecía buscar una percepción que actuase como obturante de un proceso expulsivo que tendía al vaciamiento. Así parecía ocurrir con sus movimientos hiperkinéticos como tendencia a la descarga por la vía de la motricidad, pero también sirviendo a los fines de mantener un gradiente de alerta, de tensión corporal, como forma de sentirse vivo, al igual que la anorexia. El comportamiento motriz no estaba dirigido a los fines de la transformación de la realidad ni expresaba demasiadas fantasías. En escasos momentos se convirtió en juego. Supongo que esta conducta responde a una cantidad (pulsional) de origen interno, que no podía ser totalmente dominada ni procesada, y que esto se relacionaba con sus alteraciones en el dormir, en el sentido de dormirse por agotamiento y despertarse por un resto de tensión, que no podía ser procesado por la elaboración onírica. Estas alteraciones corresponden al yo real primitivo.

Este niño tendía a provocar que el adulto lo fuera a buscar y le pusiera límites. Yo atribuyo su conducta a un intento de búsqueda de la unidad primaria, con su madre como garante del ser. Búsqueda de contacto, de la seguridad de que el objeto no lo abandonaba, que estaba cerca de él: la identificación no terminaba de constituirse: necesitaba al garante del ser como objeto presente a la percepción. Estas alteraciones corresponden al yo placer purificado, pero tal como ya lo señalé las fallas en la organización serían anteriores.

Por otra parte, ¿qué promovía en esta familia la adopción y cómo este hecho era vivido en un interjuego de identificaciones?

En cuanto a la adopción, Pedro tenía 50 años en el momento de la decisión, y parecía mayor; se lo veía poco vital. Dijo estar resignado a no responder al llamado genético. No deseó adoptar, finalmente aceptó. Silvia deseaba adoptar. ¿La aparente resignación de Pedro, el “no responder al llamado genético”, ocultaba el temor a

incorporar un ser extraño para él? ¿O se sentía incapaz de sostener la paternidad debido a su edad?. Silvia era fértil, ¿Cuánto aceptaba la infertilidad y cuánto quedaba como una deuda inconsciente por cobrar al otro?

Para estos padres, un niño adoptado supongo que representó una falla en la pareja que implicó frustración, impotencia y envidia. Mariano, por su parte, tuvo que pasar desde sus propios ritmos biológicos, vinculados a su gestación, a ritmos corporales diferentes: los de su madre adoptiva. Se había producido un encuentro con padres no preparados, que no pudieron modificar su sistema de vida, ni adaptarse a este cuerpo-niño nuevo. Carecían de preparación para recibirlo, y llevaban auestas dos duelos previos: la no fertilidad y la muerte del primer bebé. Ellos parecían abrumados y el niño también lo estaba, desde su propio interior y desde ellos. Esto pareció conducir a una dificultad inicial en el vínculo empático necesario para el desarrollo de un psiquismo temprano.

No indiqué tratamiento para él, porque entendí que el problema acerca de la adopción no estaba elaborado, y esto podía aumentar el rechazo inconsciente que este hijo “diferente”, no incorporado como propio, les despertaba. Recomendé entrevistas para ellos y un seguimiento para el niño. La mamá retomó el tratamiento, que luego volvió a interrumpir.

Cinco meses después de la consulta, Mariano cumplió 3 años. Los padres me informaron de los progresos del niño: se estabilizan las comidas, en cuanto a comportamiento e ingesta, aunque esta seguía siendo relativamente baja; logró el control de esfínteres; pudo entretenerse durante períodos mayores de tiempo con juegos tranquilos. El lenguaje siguió siendo limitado. Desde el jardín de infantes informaron que participaba en juegos colectivos, era querido por sus compañeros, mantenía su interés y habilidad hacia los juegos motrices. Su vocabulario y periodo de atención era limitado.

3.3. La historia continúa:

Mariano fue traído a la consulta en otras tres oportunidades, a razón de una vez por año, derivado por el jardín de infantes. Informaré brevemente acerca de las mismas.

Segunda consulta: Tres años y tres meses (39 meses): Consulta solicitada desde el jardín. Había cambiado de jardín, concurría a uno que pertenecía a una escuela bilingüe. Del gabinete me informaron que primero fue inscripto en un turno, con 18 niños, y al poco tiempo, a pedido de sus padres, cambiado a otro turno con 20 niños. Tres meses después aun no reconocía a sus compañeros. A esto se agregaba que su padre lo llevaba media hora tarde, luego del tiempo de “socialización”. Sus directivos me informaron que dudaban si lo iban a mantener o no como alumno debido a su conducta dispersa, su pobreza de vocabulario, su poca concentración, su falta de participación en actividades grupales (“estaba en su mundo”), y su “desafío” a las normas. Tuve tres entrevistas con los padres y tres con el niño.

En las horas de juego comprobé un cambio importante en Mariano. En la primer entrevista entró solo, habló más, utilizó media lengua pero armó frases, como mostrándome su lenguaje, pero lo hacía sin placer, con ansiedad, como rindiendo una prueba. Pudo utilizar el referente nominativo: “esto es de vos”, “esto es de mí”, pero luego fundía su cuerpo con el mío: se paraba suavemente sobre mis pies, apoyando su cuerpo contra el mío. Se concentró durante más tiempo en sus juegos, realizó secuencias lúdicas más largas, con el desarrollo de una fantasía. Producía sonidos en forma constante, de tipo expulsivo. Estaba menos pendiente de los sonidos ambientales. Predominaba la búsqueda de contención, poniendo contenidos en continentes, que luego se caían o se perdían. Era comunicativo, independiente y creativo. Salía constantemente a buscar a sus padres. Su juego correspondía a un niño menor, no era ni el lenguaje ni las secuencias de juego esperables de esta fase preedípica. Pidió ir al baño y fue solo, pero luego salió arrastrando sus pantalones y fue a buscar a la madre para que esta se los subiera.

En la segunda entrevista quiso ingresar con los padres, y éstos lo acompañaron. Cambió la conducta de Mariano: se mostró dependiente, exigente y regresivo en cuanto al lenguaje. Hizo un juego con hilo, en que trataba de encerrar a los padres y a él mismo en una especie de haz o grupo. Con la tijera quiso cortar a la madre. El padre transformó esto en una peluquería. La madre se dio cuenta que el niño tenía algo en la boca y se lo pidió. El se resistió, la madre se lo sacó: era una arandela de metal. En la primer entrevista, si bien entró solo, no pareció registrar un cambio de contexto. Cuando estaba con los padres pareció constituirse en un bebe para estos. Conmigo se mostraba algo más independiente, y con mejor lenguaje, pero la totalidad de sus manifestaciones

parecían corresponder a un niño menor, con alteraciones. La madre decidió estar más tiempo con él.

Indiqué tratamiento, asesoré a los padres y al gabinete del Jardín.

3.4. La consulta posterior (4 años, 8 meses) se produjo por indicación del jardín: los problemas continuaban. No realizó tratamiento. Hablaba desde los 4 años, constantemente, sin parar, según la madre, aturdiendo a quien estaba cerca. Cuando estaba con el padre y la empleada doméstica jugaba, pero sobre todo miraba mucho televisión. A consecuencia de una quiebra económica la familia se había mudado y vivían en un departamento de dos habitaciones. El perdió sus amigos del edificio con los que jugaba en el jardín de este. La situación económica era mala, las discusiones eran frecuentes y violentas, la madre deseaba separarse. La madre se quejaba de la conducta del marido hacia el niño: no ponía límites, no respetaba los horarios de Mariano para las rutinas (comida, sueño, lo llevaba tarde al jardín). La madre comentó que Mariano se aceleraba en movimientos y lenguaje, no escuchaba, y se le levantaba la voz o se lo aferraba para que baje su intensidad, se quedaba como en el aire, sin conciencia de lo que hacía o de que se le estaba hablando. Comía poco.

Del jardín informaron que no dibujaba sino que rayaba las hojas. Frente a las tareas propuestas, se levantaba y se iba, a menos que la maestra se sentara al lado de él: en ese caso, su rendimiento era bastante adecuado. Estaba más adaptado pero solo jugaba con su amigo de siempre, cuando este aceptaba, o jugaba solo. Solía andar por donde quería y si se lo llamaba, no venía: había que ir a buscarlo. Prefería las actividades en que desplegaba la motilidad gruesa

En sus horas de juego toleraba el no poder o no saber: estuvo 20 minutos tratando de armar un columpio con bloques. Pidió ayuda. No abandonó la actividad. Ordenó y clasificó animales en familias. Cortó, pegó. Si bien desplegó fantasías -respecto a una familia- más bien clasificó y ordenó. Jugó a ocultar (animales) y hacerlos aparecer. Se preocupó por el interior del cuerpo (Su maestra estaba embarazada, con una panza prominente. El contó a su mamá que ella les dejó tocar al bebé que estaba dentro y que se movía, pero parece que esto no sucedió en la realidad). Recortó un cohete.. y siguió haciendo bucheros con saliva. Mariano habló constantemente con un lenguaje expresivo pero también catártico. Permanentemente me pedía ayuda, me preguntaba si estaba bien lo que hacía. Sus sesiones se centraban alrededor de la pérdida. A mí me provocaba un sentimiento de tristeza ver este rápido despliegue de fantasías y palabras que si bien eran adecuadas al juego, no parecían representar su subjetividad más que de manera traumática. Se comunicaba conmigo solo para mostrarme algo, diciéndome: “mirá” o para pedirme ayuda. Pude inferir sentimientos de desamparo y fragilidad. Orienté a la psicopedagoga escolar y reiteré la indicación de tratamiento.

Cuarta consulta: 5 años, 8 meses. Derivado nuevamente por el jardín, ya que la escuela decidió que no ingresaría al año siguiente en la primaria bilingüe correspondiente, debido a sus dificultades; aunque dijeron que el niño había tenido una evolución favorable, no alcanzaba el nivel esperable para esa escuela. Se mostraba cariñoso, tímido, ya no desafiaba tanto. Se concentraba poco. Se habían mudado a una casa, en otro barrio. En este Mariano no tenía amigos. La situación familiar y económica seguía siendo mala. Comía poco. No inició tratamiento. Los padres tampoco.

En sus horas de juego el movimiento y la palabra tenían un ritmo acelerado, abrumador. Su atención era dispersa: en varias oportunidades dijo necesitar algo y al ir a buscarlo incorporaba otro objeto que por azar estaba en su camino. El juego se refería a incendios y rescates. A la primera hora de juego de este período, llegó con el padre, y por sugerencia de este, me saludó con un beso. Entró directamente al consultorio como si no existiéramos, se sacó la campera que dejó en el diván, y se subió a él para explorar juguetes que estaban en un estante, pisando la campera. Tenía, al igual que en los años anteriores, una mirada particular: alerta. Estaba su caja de juego original, que ni miró. Comenzó bajando dos cajas de Playmobil, con un helicóptero y bomberos con equipo de rescate. Eran las dos primeras que encontró en un estante en que hay cuatro cajas y otros juguetes. El juego era rápido, cambiante y Mariano integraba juguetes nuevos encontrados “por el camino” cuando iba a buscar otros. Habló constantemente; mientras armaba un juego describía lo que hacía, y dramatizaba escenas referidas a lo que había construido: bomberos, helicóptero: un rescate. Bajó una casita de muñecas que integró al juego. Fue a buscar otra caja de Playmobil pero encontró antes la estación de servicio, que integró al juego del incendio y el rescate. Había continuidad en la fantasía. No me permitía participar del juego. En algún momento en que le preguntaba algo, contestaba: “No me interrumpas, ¿no ves que estoy jugando?”. Cuando fue a buscar otra caja encontró un juego de masa y un cuerpo de muñeco para rellenar y lo rellenó. Había una referencia constante a mí. Me decía: “Mirá”. Otras veces me preguntaba: “¿Cómo se hace esto?”, y lo continuaba haciendo solo. Al terminar la hora, no se quiso ir; yo me senté en

el piso y comencé a guardar y él se colocó al lado mío, mientras continuaba jugando con la estación de servicio. Me dijo: *Tenía que contarte algo: en la escuela dos de mis amigos me tiraban del brazo.* A: ¿Te dolió? Mariano: *No... sí.* A: ¿Qué hiciste? Mariano: No contesta. A: ¿Le dijiste a la maestra? Mariano: *No.* A: ¿Por qué? Mariano: No contesta. Se fue sin oponer resistencia. Luego que él se fue, advertí, en un rincón del cuarto, tres diminutos autitos, aislados, que parecían corresponder al estado de la familia, tal como él la sentía: se hacía evidente su desamparo. En la hora de juego posterior, termina siendo un doctor que se curaba a sí mismo. Sólo al final de la hora podía mostrarlo, subjetivándolo.

Esta hora de juego la podríamos interpretar desde sus contenidos: anales, fálico-uretrales. Se hacía presente su pulsión de conocimiento, especialmente referida al interior del cuerpo, seguramente vinculado a lo referido por la madre respecto a que cuando ella comenzó a explicarle a Mariano acerca de la adopción, este empezó a repetir constantemente que ella no podía tener bebés porque su panza estaba enferma. Me llamó la atención el ritmo, la atención como captada por un estímulo que se le cruzaba en ese momento (aunque luego integraba al juego) y el constante “mirá” que por su historia tiene un doble significado: el vínculo con el objeto y además un intento de ligadura de la pulsión con una sensorialidad que sostuviera la huella mnémica y la atención, y la necesidad de que esta organización psíquica fuera apoyada desde el objeto, confirmada desde un otro. También era una forma de mostrarse y mostrarme como un intento de salida de una órbita autista o simbiótica, a partir de que otro fije en él la mirada y lo subjetivice. Pareciera ser continuación del “ahí”, palabra privilegiada de la primera consulta.

Llama la atención el cambio producido alrededor de los cuatro años: alcanzó un nuevo nivel de organización, más complejo, como es la expresión por medio del lenguaje, en momentos críticos para la familia. Viendo solo estas horas de juego no podríamos conjeturar que Mariano casi no se expresaba verbalmente hasta los cuatro años.

3.5. Síntesis de estas consultas:

A través de este relato vemos cómo se fue organizando el psiquismo de Mariano a partir de alteraciones tempranas en el pasaje de la cantidad (pulsional) a su cualificación e inclusive a su ritmicidad y las dificultades subsiguientes, todas estas ubicables en el yo real primitivo. Los trastornos iniciales en la alimentación se mantenían controlados, pero se alimentaba poco y selectivamente; el tiempo en movimiento o juego era acelerado; la capacidad de concentración, baja. Podía jugar y desplegar fantasías que, si bien mostraban una línea del desarrollo psicosexual, se acercaban poco a lo esperable en una evolución armónica, especialmente en la última consulta. La adquisición del lenguaje se logró cumpliendo estas distintas funciones: expresiva (de fantasía), comunicativa, catártica, adhesiva a un objeto. En la última consulta se advirtió un aumento del nivel de angustia: estaba por perder su escuela. Pero este fue solo el último eslabón de una cadena de traumas: perdió su casa, su barrio, no consiguió adecuarse a la exigencia escolar, sus padres amenazaban con separarse, sus ritmos biológicos estaban alterados desde su nacimiento, fue recibido en un hogar no preparado para ello, con padres que no terminaban de elaborar el problema de la no fertilidad, con el agregado de una caída económica. No tenía amigos ni vecinos con quienes jugar, porque pasó por dos mudanzas. Tampoco tenía hermanos. Pasaba horas frente al televisor. Sin embargo había desarrollado un lenguaje adecuado para expresar un mundo interno abrumador, peligroso, en el cual finalizaba jugando a que él era el doctor que se auscultaba y se curaba a sí mismo: simultáneamente era sujeto y objeto, sin permitir la entrada de otro. Desde una perspectiva, Mariano tenía capacidad de recuperación. Desde otra su desarrollo mostraba sobreadaptación, como un esfuerzo que tendía a tapar la fragilidad inicial de su mundo interno, sobrecargado y acelerado, en el cual se tenía que aliviar a sí mismo de su propio sufrimiento.

3.6. ¿Qué nos podría llamar la atención en la conducta de Mariano?

Las horas de juego han seguido una secuencia: el no reubicarse frente a un cambio de contexto: entraba rápidamente y se dirigía a los juguetes, como si no se diera un mínimo tiempo de acomodación. No parecía registrar el cambio de contexto, la diferencia yo-mundo exterior. Se tranquilizaba con la presencia de un adulto cercano a él, su juego tenía algo de catártico, mostraba situaciones de borde, de riesgo -y pedía, o esperaba, que alguien lo restituya a un lugar. Se mantiene la línea del “ahí” que pasa a ser un “mirá”, como una necesidad de ligar pulsión a percepción, necesitando de un otro que corrobore su percepción. Su boca es utilizada para chupar o mantener en ella objetos extraños y duros, posteriormente la vincula más a la emisión del lenguaje pero manteniendo esta pauta primitiva. En este prevalece una función adhesiva y posteriormente catártica, que prevalece sobre la comunicativa. Por momentos su lenguaje

“se le pierde”: no se entiende, no se escucha, no repite si uno le pregunta. Mariano no responde a mi pregunta acerca de su juego, parece estar perturbarlo como un estímulo más que acapara su atención labil. No desea ser perturbado porque esto es demasiado para él. El lenguaje no alcanza para expresar “lo mucho” que le sucede ni para procesar pensamientos: no lo representa como sujeto y él no se siente representado por el lenguaje.

En el Jardín, en la casa y en el consultorio, frente a la cantidad de estímulos se desorganizaba, se aceleraba o interrumpía lo que estaba realizando, siendo su atención atraída por otros estímulos que se le cruzaban, y que posteriormente integraba a su juego.

El contenido de sus horas de juego correspondientes a 4 años, 8 meses y 5 años, 8 meses, podrían analizarse en relación a contenidos preedípicos y edípicos: el interés por el cuerpo humano, el origen de los niños, la maternidad y la paternidad, el incendio vinculado a fantasías uretrales, el peligro y el rescate como emergiendo de la rivalidad edípica. Pero me llamó la atención que las manifestaciones arcaicas, correspondientes al yo real primitivo e inicios del yo placer purificado se mantuvieran.

En el caso de Mariano vemos como un proceso temprano se organiza con un déficit, que no inhibe el desarrollo, pero que cuestiona acerca de la estabilidad de organizaciones posteriores. Se podría objetar que en este relato dejo poco lugar para el desarrollo de las fantasías expresadas en las horas de juego. Este es un problema metodológico, ya que en esta exposición me centre no tanto en las fantasías que expresan lo inconciente sino en las dificultades de la organización intersistémica debidas a un déficit en la organización del yo real primitivo y la posterior correspondiente a la del yo placer purificado, tal como inferimos de su anorexia: no hay registro del empuje pulsional correspondiente a la autoconservación, ni de la acción específica tendiente a cancelarlo.

Si comparamos la conducta de Mariano con Matías, en ambos esta afectado su mundo parlante. En Matías la madre habla acerca del dolor y la pérdida, y adjudica a estos el cambio del bebé, que se acomoda tónicamente a su mamá, y responde al pedido de la madre cuando ésta se dirige a él llamándolo por su nombre.

En Mariano no sabemos cuantos dolores y cuantas pérdidas lo han afectado. Conocemos algunas, inferimos su efecto a través de sus manifestaciones: su hipertonicidad, que por momentos pasa a lo opuesto y se transforma en un moldeo contra mi cuerpo. Su pedido al adulto respecto al reconocimiento conjunto del objeto perceptual, que solo puede hacerlo si el objeto libidinal (intercambiable) está presente para corroborar lo percibido y darle significado, como lo demuestra en el “ahí” y el “mira”. Se desorganiza cuando no hay un adulto cerca para devolverle el objeto aferrado por su percepción y luego desaparecido para su mente. En términos de E. Bick podríamos entenderlo como una identificación adhesiva y su fracaso, constituyéndose entonces una “segunda piel”, tónica, para evitar el desparramo del self y los objetos.

Si continuamos con el modelo freudiano, Mariano está fijado en la etapa en que tira un objeto para que la madre se lo haga reaparecer, y él poder continuar o cambiar de juego. Si ella, u otro adulto, no está cerca, su atención se dispersa, toma lugar una conducta motora, a mitad de camino entre el juego motriz, la necesidad de descarga de la tensión y la búsqueda de un adulto que lo acompañe o vaya a buscar. Sus dificultades de atención parecieran referirse a las cantidades no procesables, vueltas traumáticas; solo se tranquiliza con la presencia del adulto cerca de él, por eso sus conductas, consideradas desafiantes en el Jardín, son un llamado y un pedido. Sigue fijado a la media lengua hasta los tres años y medio, con dos matices: ser el bebé para los padres, y una forma de mantener el autoerotismo ligado a la emisión de sonidos. La pulsión oral aún es gratificada por el chupar (objetos extraños y duros) y la emisión fónica.

El no puede constituir el juego con un carretel, no puede ocupar el lugar de la madre, ni buscar un ayudante-carretel que funcione como su doble. En su mente tampoco se ha constituido un “hilo” que sostenga estos vínculos identificatorios, estos pensamientos primarios. No hay demasiadas posibilidades de desplazar la pulsión hacia otro objeto ni de recuperarlo porque el hilo que lo une al que es su garante del ser es muy frágil. A los 3 años informaban desde el jardín que aun no podría reconocer las partes de su cuerpo cuando se las nombraban. ¿Qué habría pasado a los 6 meses? En ese momento Matías cambiaba su juego cuando su madre se lo pide y lo nombra, y Matías sí se discriminaba a sí mismo: es sujeto en presencia de su madre.

Mariano a los 3 años y medio se discrimina de mí, teniéndome al lado, pero luego se fundía con mi cuerpo.

Entre los 3 años y medio y los 4 años y medio, Mariano pierde su jardín y sus 6 compañeros de sala, y cambia a un Jardín de 20 niños por sala, va un mes y cambia de turno, luego no parece reconocer a sus compañeros, pierde su casa, sus amigos del edificio, sus padres están a punto de separarse.. y el comienza a hablar... hasta por los

codos, aturdiendo, según dice su mamá. Es como si hubiera despertado, pareciera una huida hacia adelante, ¿hacia la salud?

Mariano no terminó de salir, pero pegó un salto. ¿Qué pasa con las identificaciones que implican una terceridad, una discriminación en el pasaje del ser al tener, una rivalidad con aquel que se opone a su desear? ¿Qué pasa con el lugar de modelo, que en el pasaje del yo ideal al ideal del yo abrirá al camino al superyó?

Dejo planteado como un interrogante esta nueva articulación, ya que mi objetivo fue mostrar las fases previas.

4. La temporalidad y su reencuentro en la clínica

Anticipación, trauma y retroacción (a posteriori)

Cuando se produce mi encuentro con Mariano yo puedo inferir que sus trastornos corresponden a la etapa de su organización actual: yo placer purificado y funciones correspondientes a los inicios del yo real definitivo. Pero conjeturo trastornos previos, correspondientes al yo real primitivo: una cantidad que no puede ser adecuadamente procesada, que altera su capacidad de atención, que tiende a la descarga por la vía de la motricidad, que altera las pulsiones de autoconservación, una adherencia al autoerotismo oral, una búsqueda del objeto que tiene que estar presente a la percepción, como si no hubiera recuerdo que lo sostuviera en ausencia y simultáneamente con el no registro del objeto nuevo. Lo más llamativo es la cantidad, lo hiper, por ejemplo la hipermotricidad.

A partir de los cuatro años, conjuntamente con las pérdidas, Mariano adquiere la posibilidad de expresión por el lenguaje y la base que lo posibilita: la representación-palabra y la mejor organización del sistema preconciente. Pero este también es "hiper", es mucho, es abrumador, no cesa de usarlo en todo el tiempo.

Supongo así que sobre la base de un trastorno en el yo real primitivo, vivido como un trauma, posteriormente él intenta tramitar, por la vía del procesamiento interno, representacional, esas cantidades aunque de manera insuficiente, ya que el déficit atencional se mantiene, y las cantidades también. ¿Por qué no se logra un mejor procesamiento? Creo que esto tiene que ver con que se mantiene la fijación al trauma, entendiendo por trauma el estado de desvalimiento del yo real primitivo frente a las cantidades. En relación a este trauma se coloca una contrainvestidura, un algo sobreinvertido -en este caso primero la hipermotricidad y luego el lenguaje- como un intento de contener la pulsión como cantidad defusionante. La hipermotricidad actuó con algo de fijación al trauma y repetición de este y algo de procesamiento representacional de las cantidades, y como defensa.

Esto no fue suficiente para lograr el procesamiento buscado, ya que el autoerotismo inicial constituido por la dificultad para comer, el autoerotismo oral, chupando objetos extraños, buchecitos de saliva, el moldeo contra mi cuerpo y la investidura de atención ligada a la simultaneidad en la percepción del objeto se mantuvieron.

En un inicio hiperkinesia y reclamo de atención de una persona adulta fueron juntos. Este reclamo de atención era un sustituto del amor y la contención faltante, referidos a una etapa temprana en que faltó empatía aunque hubo cuidados físicos. El niño de Freud, de un año y medio, ya se arreglaba para jugar acompañado por los objetos que constituían su mundo simbólico, y no requería lo mismo que Mariano.

En el juego del doctor él termina dándose a sí mismo lo que demandó inicialmente a la madre... pero lo "hiper" se mantiene, y también los déficits originarios.

La anticipación se referiría a cómo la fijación en una etapa temprana, anticipa un desenlace posterior: la misma matriz de alteración en el yo real primitivo se conserva en las organizaciones posteriores.

En relación a la retroacción en el niño las nuevas vivencias, que implican darle un valor a la función paterna (el doctor que cura) parecieran tener una mejor representabilidad que aquel ligado a la falta de empatía materna, y constituirse en una apertura nueva.

Pero también la función paterna se resignifica -se tiñe de lo anterior-: trata de ser él mismo su propio doctor, no hay confianza para incorporar un otro humano. La anticipación influye sobre la nueva estructura, y esta última reordena el sistema anterior: en la última consulta se adecua mejor a normas escolares, trata de seguirlas, me pregunta si está bien lo que hace.

En todo momento he visto en él no solo un esfuerzo por crecer sino también por ligar la pulsión de muerte, mediante el enlace con los componentes de Eros, y la correspondiente complejización psíquica.

Quisiera resaltar que este niño no puede ser tomado como ejemplo de una ligadura adecuada para el desarrollo armónico de una estructura como totalidad, dado que en él no medió un tratamiento psicoanalítico, y su familia se mantuvo en crisis.

Pudo sí lograr el mejor equilibrio posible y una solución eficaz: el desarrollo de los diferentes niveles de complejidad del yo permitió la ligadura de las distintas pulsiones integrantes del Eros, pero en el camino en que la libido ejerce su fuerza ligadora vemos el sobreesfuerzo, al que quizás de manera inespecífica solemos llamar sobreadaptación. El riesgo que implica es la vulnerabilidad del yo (Lebovici, Soulé).

Un paciente que se droga, ¿no tendrá como base un niño abrumado que pasaba largas horas solo, frente al televisor? Los pacientes psicossomáticos graves, que tienen una vida de esfuerzos y realizaciones, ¿no tendrán una historia como la de este niño, que debió realizar un sobreesfuerzo para sobrevivir en condiciones traumatizantes, obturando una base inicial de fragilidad, vinculada al narcisismo originario, al cuerpo y sus necesidades de alimentación, sueño, ritmos de vigilia y descanso? Quizás si Mariano nos consultara cuando fuera adulto, podría decir de si mismo: Mis padres cuentan que en el Jardín protestaban porque era inquieto, pero después me fue bien, que era molesto a la hora de comer, que hablé un poquito más tarde que los demás chicos, pero igual se me entendía, que soy adoptado... A lo mejor eso influyó... a mi no me parece...

Estas observaciones conducen a reflexionar acerca de la continuidad y las rupturas en el desarrollo psíquico, considerando como en este caso una clínica de lo traumático (en el narcisismo originario), en términos de una estructura que sin completar su desarrollo tiene que compensar una falla en el yo real primitivo y en el yo placer purificado mediante la sobreexigencia: el yo real definitivo se ha organizado con un basamento frágil.

Bibliografía:

- Ajuriaguerra, J. de y Marcelli, D.
(1982) Psicopatología del niño. España, Ed. Toray-Masson, 1982.
- Anzieu, D. y col. (1990) Las envolturas psíquicas. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1990.
- Brazelton, T. B. y Cramer, B. G.
(1990) La relación más temprana. Barcelona, Paidós, 1993
- Cicchone, A. y Lhopital, M. (1991) Naissance à la vie psychique. París, Dunod.
- Freud, S.
(1891) La afasia, Buenos Aires, Nueva Visión, 1973.
(1905d) Tres ensayos de teoría sexual, en AE, vol. 7.
(1911b) "Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico", en AE, vol. 12.
(1914c) "Introducción del narcisismo", en AE, vol. 14.
(1915c) "Pulsiones y destinos de pulsión", en AE, vol. 14.
(1915e) "Lo inconciente", en AE, vol. 14.
(1917d) "Complemento metapsicológico de la doctrina de los sueños", AE, vol. XIV.
(1920g) Más allá del principio del placer, en AE, vol. 18.
(1921c) Psicología de las masas y análisis del yo, en AE, vol. 18.
(1923b) El yo y el ello, en AE, vol. 19.
(1926d) Inhibición, síntoma y angustia, en AE, vol. 20.
(1927e) "Fetichismo", en AE, vol. 21.
(1924c) "El problema económico del masoquismo", en AE, vol. 19.
(1930a) El malestar en la cultura, en AE, vol. 21.
(1939a) Moisés y la religión monoteísta, en AE, vol. 23.
(1940a) Esquema del psicoanálisis, en AE, vol. 23.
(1950a) "Proyecto de psicología", en AE, vol. 1.
- Kreisler, L., Fain, N. y Soule, M.
(1974) El niño y su cuerpo. Buenos aires, Amorrortu Editores, 1977.
- Lebovici, S. y Weil-Halpern, F.
(1989) La psicopatología del bebé. Madrid, Siglo XXI Editores, 1995.
- Le Doux,
(1994) "Emoción, Memoria y Cerebro", en Investigación y ciencia, Agosto 1994.
- Mahler, M. et. al. (1975) El nacimiento psicológico del infante humano. Buenos Aires, Marymar, 1977.
- Maldavsky, D. (1986) Estructuras Narcisistas, Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- Niederland, W. (1980) "Schreber: padre e hijo" y "El padre de Schreber", en Los casos de Sigmund Freud. Buenos Aires, Ed. Nueva Visión. 1980.
- Roitman, C. (1993) Los caminos detenidos. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Roitman, C. y col. (1996) "Observación de lactantes: Una aproximación al desarrollo temprano a partir de la teoría freudiana", en Actualidad Psicológica, Año XXI, N° 235, Setiembre de 1996.
- Rousillon, R. (1991) Paradojas y situaciones fronterizas en psicoanálisis. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1995.
- Silicet,
(1973) "Un estudio: la extraordinaria familia Schreber", en Revista IMAGO, N° 9, Diciembre 1980.
- Spitz, R. (1954) El primer año de vida del niño. Madrid, Aguilar, 1961.

- Tustin, F. (1981) Estados autísticos en los niños. Buenos Aires, Ed. Paidós, 1987.
- (1987) Barreras autistas en pacientes neuroticos. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.